



17 de septiembre de 2020

Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Muchos católicos me han pedido que dé algunas orientaciones en relación tanto a la formación de la conciencia como al aspecto moral de los muchos problemas que enfrentamos como nación, a medida que nos acercamos este año a las elecciones presidenciales. Todos estamos de acuerdo en que esta elección lleva consigo una polémica y acalorada división como no habíamos visto antes en nuestra vida. Esto se debe, en parte, tanto a las personalidades como a las facciones e ideologías en juego, además de haberse agravado por la pandemia del COVID y la agitación social. (Pienso que hay otras razones, más significativas y fundamentales, que explican el aumento de la tensión en nuestra sociedad, pero esto es un tema para ser tratado en otro momento.)

Para empezar, quiero recordarles que, antes que nada, pertenecemos a Cristo. Somos cristianos católicos antes que estadounidenses y, ciertamente, antes que formemos parte de cualquier partido político. Jesucristo es nuestro Salvador; sus enseñanzas y las verdades morales de la Iglesia nos guían en todos los aspectos de nuestra vida, incluida la forma en que votamos. La Iglesia no puede respaldar ahora ni nunca a un candidato o partido en particular. Más bien, el papel del pastor es enseñar y predicar la Fe, para que todos puedan votar con una conciencia bien formada, a la misma vez que reconocemos que ningún individuo o partido puede representar la totalidad de nuestros valores y creencias. Para obtener más información sobre estas distinciones, les recomiendo encarecidamente que lean la declaración de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos sobre cómo votar: [*Formando la conciencia para ser ciudadanos fieles.*](#)

Hace un año, los obispos católicos de los Estados Unidos hicieron público un comunicado, anticipándose a este momento, en el que declaraban que el aborto es el problema moral preeminente al que se enfrenta nuestra nación. El uso de la palabra “preeminente” se hace de forma deliberada para significar que la consecución voluntaria de un aborto sobrepasa en importancia cualquier otro problema moral, si bien no es el único al que nos enfrentamos. La Iglesia Católica siempre ha condenado la consecución voluntaria de un aborto como un mal muy grave e intrínseco, puesto que destruye la vida humana en su etapa más inicial de desarrollo y en su estado más frágil de vulnerabilidad.

Aunque he sido siempre provida, mi compromiso y mi entendimiento aumentaron cuando, de sacerdote joven, escuché y descubrí el daño espiritual, emocional y psicológico de tantas mujeres y hombres que han sido heridos profundamente por la violencia del aborto. A la hora de escribir esto, 62,237,640 vidas humanas han sido asesinadas en los Estados Unidos desde que la Corte Suprema legalizó el aborto en 1973. El hecho de que cada una de estas vidas humanas fuera

O F F I C E O F T H E B I S H O P

Diocese of Madison · 702 S. High Point Road · Suite 225 · Madison, WI 53719

Phone: 608-821-3002 · Fax: 608-440-2809 · Email: Officeofbishop@madisondiocese.org

violentemente terminada antes que pudieran incluso nacer, debe ser incomprensible y profundamente doloroso para nosotros. Doy gracias no sólo por el testimonio inquebrantable de la Iglesia Católica sobre la santidad de la vida desde el momento de la concepción hasta la muerte natural, sino también por los muchos caminos, heroicos y generosos, en que la Iglesia apoya a las mujeres -tanto en los embarazos indeseados como después de que los niños nazcan – proveyendo de cuidados médicos, educación y servicios sociales, a los nacidos en pobreza, y dando esperanza y reconciliación a las mujeres y hombres afligidos por las secuelas del aborto. El embuste de que la Iglesia sólo se preocupa del niño no nacido, pero no de los que nacen, es una mentira.

En estos últimos años hemos visto una radicalización de los programas y de las normas a favor del aborto, algunos reclamando el aborto sin restricción alguna hasta el momento del parto. Otros han abogado que el aborto es un "derecho" de tal magnitud que debe ser subvencionado por todos. Curiosamente, esta violencia es aclamada como "progreso" o "liberación" para las mujeres y los pobres. No es ninguna de las dos cosas. La Iglesia siempre defenderá la protección de la vida humana y la dignidad de cada persona, empezando con la vida en el seno materno. Hasta los redactores de la Declaración de la Independencia, algunos de ellos deístas agnósticos, afirmaron que toda persona goza de "el derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad."

Creo que este desprecio por la vida humana en su etapa más naciente y vulnerable, cada vez más institucionalizado, ha llevado al aumento de violencia contra seres humanos que tristemente vemos hoy a nuestro alrededor. Queremos construir una cultura de vida, consagrada en las leyes de nuestra sociedad, en la que cada ser humano es acogido, querido, nutrido, y aceptado; donde los padres optarán por la vida de sus niños, sabiendo que están disponibles los apoyos, recursos y cuidados para que toda persona sea capaz de vivir con la dignidad de un hijo de Dios, con derechos y responsabilidades, capaces de alcanzar su potencial y contribuir al bien común.

Algunos católicos están preguntando si pueden votar a un candidato presidencial que defiende el aborto legal, en la medida en que ésta no sea la razón de su voto a tal candidato. Y aquí cito a *Una ciudadanía creyente*: "Puede haber ocasiones en que un católico que rechaza una posición inaceptable de un candidato incluso sobre políticas que promueven un acto intrínsecamente malo decida razonablemente votar a favor de ese candidato por otras razones moralmente graves. Votar de esta manera sería solamente aceptable si verdaderamente existen razones morales graves, y no para promover intereses mezquinos o las preferencias de un partido político o para ignorar un mal moral fundamental."

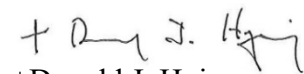
Hay otros muchos aspectos a tener en cuenta, sin duda. Debemos cuidar de los más vulnerables en nuestra sociedad, los niños en el vientre, sí, pero también de los ancianos, los pobres, aquellos que no tienen hogar y quienes se encuentran marginados. Luchamos por una mayor justicia en nuestra sociedad y por el fin de la violencia, del racismo y de las divisiones raciales. Debemos trabajar aún más e insistir en políticas que le permitan a cada persona descubrir su dignidad, conscientes que, una educación sólida y un empleo fijo con un sueldo suficiente, son el camino más seguro para acabar con la pobreza. Tenemos una necesidad imperante de apoyar a los matrimonios y familias, las células básicas de nuestra sociedad. Y tenemos un deber urgente de mantener un buen uso de nuestros recursos naturales y nuestro planeta. Debemos considerar políticas que promuevan la paz entre las naciones y las gentes. Y debemos hacer algo respecto de los crecientes intentos de limitar uno de nuestros más básicos derechos: nuestra libertad religiosa.

La promesa de América, no siempre hecha una realidad para todos, debemos confesar, defiende la auténtica libertad, las oportunidades reales y la justicia para todos. La doctrina social católica es, sin duda, un buen mapa y guía para todos nosotros, en nuestro intento por construir una civilización de vida y de amor, basada en una auténtica antropología de la persona humana. Cuidar los unos de los otros, y especialmente de los más vulnerables, no es la responsabilidad únicamente del Gobierno. Como Dorothy Day, la fundadora del Movimiento Obrero Católico, articuló y demostró, todos estamos llamados a amar a quienes nos rodean, especialmente por medio de nuestra vivencia de las obras de misericordia corporales y espirituales, buscando construir una sociedad justa y compasiva.

Los obispos de Estados Unidos han declarado al aborto como la cuestión moral de mayor importancia ya que ningún otro mal moral fundamental ha destruido tantas vidas humanas. No existe ningún otro mal promovido por cualquiera de las plataformas de ambos partidos o por las políticas de ambos candidatos que supere la promoción, de parte de esos mismos partidos y de esos mismos candidatos, del mal intrínseco que supone la toma de tantas vidas humanas de forma directa e intencionada -sólo en E.E.U.U. hemos visto la cifra de casi un millón al año. Citando a San Juan Pablo II, "Por encima de todo, el clamor general que surge con toda justicia para defender los derechos humanos -por ejemplo, el derecho a la salud, a tener una casa, trabajo, familia y cultura- es falso e ilusorio si el derecho a la vida, el derecho más básico y fundamental y la condición necesaria para la existencia de cualquier otro derecho de la persona, no se defiende con la mayor determinación".

Yo no puedo ignorar ese hecho perturbador y por eso, a nivel personal, no puedo votar por un candidato presidencial que aboga por seguir manteniendo la legalización del aborto. Si un candidato está fundamentalmente equivocado sobre una cuestión de derechos humanos tan básica y preeminente, de tan graves consecuencias para los más inocentes de nuestra sociedad y para nuestro propio futuro, ¿cómo puedo entonces confiar en que tal candidato tomará decisiones morales y prudentes sobre otros muchos asuntos importantes de justicia social y relacionados con el bien común? Éstas son preguntas fundamentales tanto de verdad como de conciencia que cada uno de nosotros debe llevar a la oración y procurar la guía del Señor. Al aproximarnos a emitir nuestro voto en las elecciones de este otoño, el Señor nos llama a orar, a estudiar las enseñanzas de la Iglesia, a formar y examinar nuestra conciencia y a votar en consonancia con nuestros principios católicos."

Sinceramente en Cristo,



+Donald J. Hying
Obispo de Madison